



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2018, Alfredo Gómez Cerdá

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-862-2

Depósito legal: M-29.586-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**EL VÉRTIGO  
DE LOS  
CANALLAS  
ALFREDO  
GÓMEZ CERDÀ**

loqueleg



*oye batir la sangre en el oído*

Olvido García Valdés



## **Primera parte**





## Donde se encuentran los ríos

La gran montaña estaba flanqueada por dos ríos: el Río Rojo y el Río Verde. Ni las aguas del Río Rojo eran rojas ni las del Río Verde, verdes; pero en épocas de crecida, cuando ambos arrastraban todo lo que hallaban a su paso, nadie podría negar que no fuese así. El porqué resultaba un verdadero misterio, pues era igual la luz solar que recibían, atravesaban las mismas selvas y hasta los limos que arrastraban desde sus fuentes eran idénticos.

11

Justo en la confluencia de ambos ríos, al pie de la gran montaña, se levantaba el poblado, al que podríamos llamar simplemente Poblado. Era un lugar hermoso de verdad, aunque ninguno de sus tres mil cuatrocientos cincuenta y dos habitantes hubiese reparado en ese detalle. Su belleza no se concentraba en el caserío humilde, ni en las callejuelas sin pavimento, ni en el edificio singular de la alcaldía... La belleza estallaba incontenible alrededor, en la desmesura verde del paisaje donde estaba enclavado.

Estrella, cuando era una niña, poco antes de que comenzase a trabajar en el campo con el resto de su familia,

correteaba por las calles de Poblado con otros muchachos de su edad. A veces, se dirigían a la plazuela del Árbol Retorcido, donde solían encontrar sentado a la sombra de un algarrobo centenario al hombre más anciano del lugar. Además, era una de las pocas personas que habían salido de allí y, según comentaban, durante años estuvo recorriendo el mundo entero.

—Cuando te marchaste de Poblado, ¿viajaste lejos?  
—le preguntaba la niña.

12 —Muy lejos —respondía el anciano, siempre con la mirada ausente.

—¿Llegaste a salir del país?

—Salí del país, salí de América y crucé el mar.

—Y el mundo ¿es igual en todas partes?

—En cierto modo, sí; en cierto modo, no —contestaba el anciano.

Ni Estrella ni el resto de los niños entendían aquella respuesta. El anciano usaba un lenguaje difícil de comprender. Analizadas de una en una, entendían el significado de todas las palabras; pero dichas en su conjunto formaban un galimatías indescifrable. No obstante, a todos los niños les gustaba hablar con el anciano de la plazuela del Árbol Retorcido.

—¿Por qué te fuiste del pueblo?

—Me fui en busca del hombre sabio de las cuatro orejas.

—¿De verdad existe un hombre así?

—Existe.

—¿Y para qué quiere cuatro orejas?

—Por la primera escucha a sus semejantes. Por la segunda escucha al viento, a la lluvia, al agua del río, al trueno de la tormenta y, de este modo, entiende lo que la naturaleza quiere decir. Por la tercera escucha a los animales y comprende sus necesidades y sus inquietudes.

—¿Y por la cuarta?

—Por la cuarta oye a los muertos.

A Estrella le recorría un escalofrío por todo el cuerpo cuando oía al anciano hablar de la cuarta oreja, la que le ponía en contacto con los que habían abandonado para siempre este mundo.

—¿Y dónde está el hombre sabio de las cuatro orejas?  
—insistía aún la niña.

—Lo tienes delante de ti.

—Tú solo tienes dos orejas.

—Parecen dos, pero en realidad son cuatro.

Y todo el grupo de niños, como si ya hubiese escuchado lo que estaba esperando, volvía a correr por las calles. De aquí para allá. De allá para acá.

En el grupo había dos niños de la edad de Estrella que se disputaban su amistad. Uno se llamaba Manuel y el otro Bernardo. Los dos vivían una existencia parecida y a los dos los esperaba un futuro semejante. Y ese futuro, sin duda, no era más que una continuación del presente, del suyo y del de sus padres, que, aunque renegaban de su precaria vida, llena de trabajo y sinsabores, no eran capaces de vislumbrar un cambio en aquel lugar tan remoto, tan aislado y tan pobre como era Poblado, ni siquiera ya entrado el siglo XXI.

En Poblado había una escuela muy vieja y un maestro y una maestra que estaban casados entre sí. Prácticamente lo único que hacían en aquella escuela era enseñar a los niños a leer y a escribir, y las cuatro reglas. Poco más. Por un lado, porque los propios niños abandonaban la escuela a muy corta edad para comenzar a trabajar en el campo, junto a sus familias; por otro, porque aquellos maestros no sabían muchas más cosas. De nada servían las cartas que de vez en cuando llegaban hasta la oficina de la alcaldía, en las que se decía que el gobierno de la nación había aprobado tal o cual ley, que obligaba a todos los niños a acudir al colegio, a aprender, a salir de él con un título en la mano.

Más de la mitad de los adultos de Poblado era analfabeta. El resto sabía leer y escribir a duras penas. En aquel lugar muy remoto, muy aislado y muy pobre, la población estaba entregada a los trabajos del campo, y la palabra *entregada* adquiría allí un significado incuestionable. Daba la sensación de que había sido la propia tierra la que se había encargado de echarlos al mundo para que la trabajasen durante toda su vida. Sin embargo, la mayoría de las veces, la misma tierra se mostraba remisa para devolver los favores de los hombres, sus desvelos, sus esfuerzos siempre desmesurados y generosos. La naturaleza en aquellas latitudes solía ser ingrata y despiadada, y en muchas ocasiones se manifestaba de manera destructiva y cruel.

Estrella, Manuel y Bernardo iban a la escuela y, por consiguiente, pasarían a engrosar esa parte de la población que sabía leer y escribir, aunque no leyesen a lo largo

de su vida más que los carteles de la calle, los anuncios, las esquelas que se pegaban en las puertas o los rótulos de los programas de televisión; y aunque no escribiesen más que su nombre cuando algún documento oficial se lo exigiera.

Los tres jugaban a todas horas, quizá conscientes de que no era mucho el tiempo que la vida iba a depararles para el juego. Pero no jugaban con juguetes al uso, ni con ninguno de esos que aparecían a menudo anunciados en la televisión. Es verdad que al verlos en la pantalla dejaban de parpadear y no se perdían detalle, pero cuando se encontraban los tres en medio de la calle, ni se acordaban de ellos. ¿Para qué? Esos juguetes no se habían fabricado para jugar a la intemperie, en medio del campo, como les gustaba hacerlo.

Corriendo, se acercaban a la orilla del Río Rojo, o del Río Verde, o del Río Grande, que era el que resultaba de la unión.

—Hagamos una presa —proponía Manuel.

Y los tres se afanaban en la construcción de una pequeña presa en uno de los ramales del río. Se valían de las propias ramas caídas de los árboles, que iban clavando en el lecho. A continuación, colocaban otras ramas de manera transversal, para conseguir un rudimentario entramado. Para sujetarlo se valían de piedras. Algunas eran tan pesadas que debían transportarlas entre los tres.

Las ramas y las piedras eran sus juguetes.

A los tres se les iluminaban los ojos cuando comprobaban que el dique empezaba a contener el agua que iba

embalsándose en un recodo del río. Entonces, a toda prisa, cavaban un canal y la desviaban hasta una pequeña hondonada, que también se llenaba de agua, y saltaban locos de contento en la charca que ellos mismos habían provocado. No les importaba mojarse. El clima era benigno, caluroso incluso, y en un rato su ropa se habría secado.

—¿No os gustaría construir presas de verdad? —preguntaba entonces Manuel.

16 —¿Qué quieres decir? —A Estrella la presa que habían ideado ya le parecía de verdad.

—Me refiero a presas gigantescas, de las que taponan un río entero y provocan un embalse tan grande que parece el mar —explicaba Manuel.

—No estoy segura de que me gustase. —Se encogía de hombros ella.

Luego, él se quedaba mirando fijamente el dique que habían levantado y, algo ausente, como si hablase para sí, añadía:

—A mí me gustaría marcharme y construir presas, pero de las de verdad.

—Yo, si me marchase de Poblado, no sabría a dónde ir —replicaba Estrella.

Bernardo se mordía los labios sin saber muy bien qué decir. Por una parte, le parecía tentador lo que proponía Manuel. Construir presas de verdad tenía que ser algo apasionante. Pero, por otra, pensaba en Estrella. A él nunca le gustaría separarse de su lado. No es que ya pensase en casarse con ella y vivir siempre juntos. No era eso. Simplemente, no podía entender una vida en la

que Estrella no estuviese presente. Le gustaría expresar esos sentimientos en voz alta, transmitírselos a los dos amigos como algo normal. Pero siempre le costaba hablar. Quería hacerlo, solo que las palabras no afluyeran a su boca, o quizá no afluyesen a su cerebro, y por eso tampoco llegaban a sus labios.

—¿Y tú qué dices, Bernardo? —le preguntaba Manuel, intentando forzarle—. ¿Te gustaría construir presas de verdad?

—Aún no lo he pensado. —Y seguía mordiéndose los labios hasta hacerse daño.

Reforzaban el dique para que durase mucho tiempo. Buscaban ramas más gruesas, piedras mucho más grandes. Acumulaban gran cantidad de cieno, para que sellase las rendijas. Después de mucho trabajo, el dique tenía un aspecto muy sólido. Era tan ancho y tan resistente que hasta podían caminar por encima.

—No aguantará la crecida —se atrevió a vaticinar Bernardo.

Y los tres clavaron la mirada en las aguas caudalosas del río.

Aquella misma noche hubo tormenta en las montañas y el río bajó impetuoso, rugiendo. A la mañana siguiente, los tres niños se acercaron a la orilla y comprobaron que no quedaba ni rastro del dique. La naturaleza, como de costumbre, se había mostrado implacable. Empezaban a comprobar que eran ciertas las quejas frecuentes de sus padres, cuando maldecían su suerte escupiendo repetidas veces al suelo y pateando sus propios salivazos.

—Cuando sea mayor, me marcharé de Poblado —repitió otra vez Manuel.

—¿Para hacer presas gigantes? —le preguntó Estrella.

—Sí, ¿vendrás conmigo?

La última pregunta de Manuel dejó completamente desconcertado a Bernardo. No así a Estrella, que simplemente se encogió de hombros, como dando a entender que no tenía ni idea de lo que haría de mayor.

18 Cuando Bernardo oía hablar a Manuel de sus planes pensaba que, si alguna vez el amigo se marchase de Poblado, él se quedaría con Estrella; pero nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que ella quisiera acompañarlo y, por consiguiente, se marchase también. En ese caso, ¿qué haría él? ¿Se marcharían los tres juntos para construir presas gigantes por el mundo?

A la caída de la tarde, los tres niños regresaban a sus casas, a sus casas idénticas, porque la pobreza iguala todo. Sus padres y sus hermanos mayores también regresaban del campo, tal y como hacía la mayor parte de la gente de Poblado, como si un reloj invisible hubiese marcado el final de la jornada. Algunos iban a pie, o a lomos de caballos viejos; otros, en camionetas destartadas, que se caían a pedazos, y que acababan allí después de haber pasado por muchas manos. Aureliano era el mecánico de Poblado, y se ganaba la vida con la compra y venta de vehículos viejos, que luego él mismo reparaba.



Las casas de los tres estaban próximas. En realidad, dentro del perímetro de Poblado no había nada que estuviese lejos. Lo más alejado era el cementerio.

El anciano que se pasaba las horas sentado en la plaza del Árbol Retorcido también regresaba a su casa.

—¿Qué escuchas por la cuarta oreja? —le preguntó una vez más Manuel.

—A los muertos —respondió el anciano sin inmutarse.

—¿Y qué te cuentan los muertos?

19

El anciano no respondió. Siguió caminando hacia su casa, renqueante, arrastrando los pies, apoyando su maltrecho cuerpo en un bastón que él mismo se había tallado con la punta de su navaja. Ese bastón también le servía para reconocer el camino y no tropezar con las piedras, pues sus ojos cada día se velaban más, como si un nublado, de esos que se formaban en lo más alto de la gran montaña, se le hubiese colado dentro de los párpados.

Y enseguida se oían las primeras voces que gritaban sus nombres.

—¡Estrellaaa!

—Ya ha vuelto mi familia, me tengo que ir —se despedía de sus dos amigos.

—¡Bernardooo!

—A mí también me están llamando.

—¡Manueeel!

—Y a mí.

Oscurecía en un santiamén. En un instante se pasaba del día a la noche, del mismo modo que por la mañana

se pasaba de la noche al día. Todo el año igual. Los días duraban lo mismo que las noches, la luz lo mismo que las tinieblas.

Para los tres mil cuatrocientos cincuenta y dos habitantes de Poblado, un día solo era el reflejo del anterior, y el anterior era reflejo del que le precedía, y así sucesivamente hasta perderse en el tiempo, en el límite del recuerdo colectivo.

20 Solo los niños, con su espontaneidad, eran capaces de romper esa pesada losa. Pero hasta la excepción de los niños, en el fondo, también formaba parte de la monotonía y de la rutina. Era como el sobresalto de las campanadas de un reloj, siempre puntual, que después seguía su marcha inexorable, indiferente a todo.

Ladraban algunos perros y la luna comenzaba a asomarse tras la gran montaña. Los olores a guisos que salían de las casas se mezclaban, pero esto solo ocurría cuando el viento estaba en calma.